

TOMÁS CARRASQUILLA

EN LA UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA



El Decreto del 14 de diciembre de 1871 cambió el nombre del ya reconocido Colegio del Estado por el de Universidad de Antioquia. Cambio de nombre que no afectaba, sin embargo, el “carácter de establecimiento de educación secundaria y superior” que había tenido aquel Colegio. Por su parte, el Decreto del 14 de diciembre de 1872 dio el nombre de “curso universitario” a la educación secundaria y estableció el tiempo de su duración: “El curso universitario se hará en cuatro años, y una vez concluido podrán los estudiantes pasar á la Escuela de Jurisprudencia, ó á la de Medicina, ó salir de la Universidad con diploma de bachiller”. Este curso se hacía en la Escuela de Literatura y Filosofía, que entonces contemplaba las “clases generales” que bien podían ser de gramática castellana, francesa o latina, como de historia (universal, de Colombia y del Estado de Antioquia) y geografía (ibídem), aritmética, geometría y hasta contabilidad. Sin olvidar, por supuesto, las de religión, historia sagrada y urbanidad, ni los ejercicios militares.

En 1873, y como sus padres querían que fuera “doctor y lumbrera” (“Autobiografía”), Tomás deja su Santodomingo natal y, a la edad de quince años, viaja a Medellín a iniciar sus estudios en dicha Escuela.

Una carta, encontrada hace poco por Miguel Arango —descendiente directo de Carrasquilla— y puesta con generosidad en manos de los investigadores, da cuenta de la llegada a la Villa del futuro escritor:

Señora Ecilda Naranjo de C.

Querida mamá: recibí su muy querida cartica la que ley con muchísimo gusto. En el viaje me fué muy bien aunque no encontré á mi papá pero al otro día vino á aqui.

Mi tia me recibio con muchísimo cariño lo mis[mo] las muchachas; he estado muy amañado pero me han hecho mucha falta. El Colejio se abrió desde el dia 1º pero no se ha prinsipiado ningun estudio.

No les habia escrito porque cuando he visto a la jente de aqui ha sido cuando se van y ya no he tenido lugar y a los que he visto que no estan de viaje no los he podido volver á ver.

No le escribo mas largo porque no tengo tiempo. Mi tia le retribuye las saludes; salúdeme U. tambien a las á Amalia á Isabel y las muchachas.

Su hijo

T M C

Fui donde Eufemio por el paraguas, yo pensaba quedarme con él (porque aqui se necesita mucho para ir al Colejio cuando llueve) pero esta muy viejo; digale a mi papá que cuando venga me compre uno y recomiende U. una persona para que lleve este.

No habían empezado los estudios, porque en aquel año de 1873 la llegada a la rectoría de la universidad, por solicitud propia, de Pedro Justo Berrío, se inició con una refacción del antiguo edificio. Y bien que lo necesitaba: construido por la comunidad de los padres franciscanos entre 1803 y 1809, sus muros habían soportado tanto a estudiantes indisciplinados que amaban llenarlos de caricaturas y de frases de todos los colores, como el acuartelamiento de la soldadesca con ocasión de una de las tantas guerras que, desde la independencia, se declaraban a cada momento por los motivos más diversos. Y si bien los trabajos

no cambiaron el aspecto exterior “de fábrica tosca, sin aceras, con algunas ventanas al lado de la plaza y de la calle” de aquel edificio, sí hicieron de su interior un lugar “higiénico y adecuado, [donde] todo albea y resplandece con el retoque”.¹

Pero la refacción del antiguo convento franciscano era solo el comienzo: aspiraciones más altas tenía Pedro Justo Berrío para la institución. Acababa de dejar el mando que durante nueve años (1864-1873) ejerció como presidente del Estado Soberano de Antioquia (eran los tiempos de la república federal), y esa experiencia le había enseñado que, además de una educación

moral y científica sólida, era condición *sine qua non* una disciplina férrea si se quería forjar ciudadanos útiles a las necesidades de la patria. Así lo declara en 1874:

El estado halagüeño de la Universidad y su marcha próspera se deben en gran parte al régimen y estricta disciplina establecidos en ella. La experiencia de algunos años ha manifestado, de un modo indudable, que la ciencia y los esfuerzos de los más distinguidos profesores nada pueden contra la insubordinación e indisciplina de los alumnos [...]. Ahora bien, ¿cuál es el régimen que ha contribuido con los laudables esfuerzos de los profesores a producir un efecto tan laudable? Voy a manifestarlo: una vigilancia incesante ejercida con prudencia sobre los alumnos, por el Rector, Vicerrector y Pasantes, durante los pasos y demás ejercicios escolares.²

Vigilancia reforzada por un horario de clases que no daba lugar a que los estudiantes tuvieran tiempo para el ocio, tan propenso al asalto de las tentaciones: repartidos entre cursos y horas de estudio, de lunes a viernes los alumnos permanecían en la institución de seis de la mañana a cinco de la tarde, con breves intervalos para la toma de alimentos; los sábados estaban dedicados a las clases generales y obligatorias de urbanidad y religión, y a los ejercicios militares; y los domingos y días feriados a la asistencia, también obligatoria, a la misa de precepto o a los actos públicos conmemorativos de efemérides patrias.

Vigilancia tan estricta no era suficiente, sin embargo, para quien en su época como presidente supo el valor de la persuasión cuando se tiene a disposición la autoridad policial, y a ella acudió para la disciplina exterior:

Se ha practicado también, con buen éxito, la medida de hacer aprehender, donde eran hallados, a aquellos alumnos que dejaban de asistir a la Universidad sin voluntad de sus padres o acudientes, y tal vez haciendo creer a éstos que



Ecilda y Rafael, padres de Carrasquilla

están cumpliendo sus deberes universitarios. Por este medio, empleado con auxilio de la policía, se ha conseguido hacer volver al buen camino a varios jóvenes que estaban en vía de perdición.³

Bajo este “régimen laudable” llegó Tomás a iniciar sus estudios universitarios que, en el primer año, contemplaban cuatro cursos: religión, historia sagrada (ambas dictadas por el presbítero Benito Jaramillo), gramática castellana inferior (dictado por Jorge A. Upegui) y urbanidad (cátedra regentada por Berrío). Para la enseñanza de estos cursos, los profesores daban a sus alumnos como textos guías: *Catecismo de la doctrina cristiana* del padre Gaspar Astete y el *Catecismo histórico, que contiene en resumen la Historia Sagrada y la Doctrina Cristiana* de Claudio Fleury, para los dos primeros; *Salvó reformado o compendio de gramática castellana, con la aprobación de la Dirección General de Instrucción Pública de la Nueva Granada*, de Ulpiano González, para el tercero; y, por supuesto, el infaltable *Manual de urbanidad y de buenas maneras* del venezolano Manuel Antonio Carreño, para el último.

Al comienzo pareció que la esperanza de los padres de ver a Tomás hecho un doctor se transformaría en frustración. Testimonio de ello es la carta que el 8 de agosto escribe Tomás a su madre, como respuesta al regaño que esta debió propinarle días antes.⁴ Respuesta desafiante en la que hasta los errores voluntarios de ortografía (como lo confirma la carta anterior) son una expresión de rebeldía del adolescente:

Señora Ecilda Naranjo de C.
Santodomingo

Mi querida mamá:

Hace muchos días que recibí su cartica la cual no la había contestado por que tenía mucha rabia por su cariñosa carta y por toda la reprimenda que en ella me echa.

¡Conque disque sabe toda mi vida y milagros! así me lo presumía, y con tan buena informadora debe estar muy satisfecha. De manera que me parece inútil contarle todos los moños que hecho donde las Ehavarias, y todas las veces que falto al colejo y en fin todo lo que hago; para que, si U. ya lo tiene demas de sabido.

Solo le diré que estoy muy desaplicado, tanto que temo mucho que me manden para “Patiburrú” ó por lo menos que me espulcen del Colejio.

Pero boy á decirle unas cositas entre parentesis. Que le parese que nos nombraron á los dominicos para pronunciar discurso. Ah! pero que fué aquel vertigo, me parece que todavía estoy oyendo aquellas fatales palabras pero eso no es lo peor sino componer aquello aqui si fueron los vertigos, le aseguro que los quince dias que nos dieron de plazo los pase caminando en candela, pero por fin llego el dia feliz en que lo acabe; pero Castelar se quedo en palotes si esto es lo mas bello y lo mas sublime que se puede escribir. Llego pues el día tan temido pero que fue aquella lusida, todos se quedaron extasiados con la boca abierta, cuando bajé apenas se oían los aplauzos; yo no se que milagro sería que no me coronaron de laurel, pues lo único que les falto pero figurese como estaria de bello compuesto por este escritor, el orijinal lo mandaron para Madrid para publicarlo en el repertorio de mejor que se ha escrito. Le podía mandar una copia pero se desmaya si la lee.

Con que le parece, que tal hijito tiene U.

Espero en semana que entra una cartica más duce que la almibara y yo le prometo una de una resma.

No le mando los botines porque no he encontrado bien bonitos de ese numero pero si quiere donde Estanoveche hay pero muy feos de ese numero.

Saludo muy cariñosamente á Amalia, Isabelita y todos los que preguntaren por mi.

Adiós mamá.

Su hijo,
Tomás

8 de agosto, 1873.

Tenía razón la madre en su enojo: solo en el mes de julio Tomás había acumulado —como consta en la revista *El Monitor*— veinte faltas de asistencia a las actividades escolares. Y en su molestia exageraba el hijo: a pesar de su indisciplina, la sombra de Patiburrú —colonia penitencial abierta por Berrío en las cavernas del Nus para recluir vagos— no lo amenazaba; quizás tampoco la expulsión, aunque de esta amenaza nunca se sabrá, porque la epidemia de tifo iniciada en el barrio de Guanteros a comienzos de

septiembre obligó al cierre de la universidad sin concluir el año escolar.

Además del cierre de la institución, el Decreto del 26 de septiembre de 1873 establecía: “Para que los alumnos, que hayan aprovechado sus estudios, no pierdan los cursos que han debido ganar en el presente año, presentarán á principios del entrante, un examen privado, cuando lo determine la Junta de Instrucción y Gobierno, a fin de que puedan

pasar al estudio de los cursos subsiguientes, según los Estatutos de la Universidad”.

Es fácil suponer que durante aquellos meses finales de 1873 los padres de Tomás cumplieran con su oficio natural y le encarecieran al hijo un mejor comportamiento para el año siguiente. También que al iniciar el año de 1874 aún pervivía en él el “propósito de enmienda” que le permitió ganar aquellos “exámenes privados” y, así, matricular el segundo nivel del curso de gramática castellana (dictado por Graciliano Acevedo), francés (regentado por Julio Uribe Santamaría), historia universal y religión (ambos dictados por Mariano Ospina Rodríguez). Servían como textos de apoyo: *Gramática de la lengua castellana dedicada al uso de los americanos*, de Andrés Bello; *Abrégé de la grammaire française* de Noël y Chapsal; *Curso de historia universal o Compendio de la historia antigua y de la historia moderna*, escrito por abate Claude Joseph Drioux, y *Catecismo moral* de Joaquín Lorenzo Villanueva.

Pero si la enmienda es dura para un viejo, mucho más lo es para un joven que se inicia en los placeres de las tentaciones. Y la indisciplina que se refugia en la complicidad de los compañeros es una de ellas. La anécdota la narra Tomás en *Hace tiempos*, y constituye un testimonio del carácter de Berrío:

Todo va muy bien bajo la disciplina del estadista que, al dejar el solio presidencial, quiere preparar los hombres del porvenir. Todo va muy bien, menos la única protesta estudiantil, que en Antioquia llamaban “cucarrón” y “cotorra” en Bogotá. Ciento ochenta estudiantes zumbando como escarabajos

rompemadera son para aturullar al más impasible. Berrío se ofusca con el cucarrón y tiene que apelar a terrible aparato. Un día, al entrar, se arma el rimbombo por cualquier motivo. Hace formar la comunidad en escuadra, en dos lados del patio. Exhorta; pero el cucarrón sigue. Sale y torna a poco con ocho guardias armados de rémington; los pone paralelos al ángulo; les hace calzar las armas, ponerlas en puntería, y ordena dar fuego si alguno chista. Ráfaga de espanto; silencio en las filas. Así termina el cucarrón. Un año después se supo que las cápsulas no tenían plomo y que toda la comedia estaba preparada de antemano.

La enfermedad de su esposa hizo que Pedro Justo Berrío dejara la rectoría de la universidad en el mes de junio, y en su remplazo fue nombrado el sacerdote José María Gómez Ángel, que “burdo y ordinariote por fuera —según afirma Carrasquilla en *Hace tiempos*—, reunía en su espíritu y en su corazón todas las aristocracias. [...] Cambió, no sé si mal o bien, el régimen de Berrío: le impuso rosario al externado, librito de oraciones a todos, trisagio en la misa, e hizo de las asignaturas lo que le dio su real gana. Regentaba varias clases como veterano; y a fuer de psicólogo le conocía las mañas y capacidades a cada estudiante, a las primeras de cambio”.

Otra tentación descubrirá Tomás en este 1874, y el placer que de ella sacará no lo abandonará nunca: la tentación de la lectura. Tanto se consagró a ella, que de aquellos cuatro cursos solo ganó dos: religión e historia, y eso con un simple “aprobado” —como quien dice, dejando pelos en el alambrado—. Y aquí de la “psicología” de Gómez Ángel, como lo confirma la nota manuscrita que puso en el informe de las calificaciones de Carrasquilla: “La lectura constante de novelas perjudicó mucho a este alumno”.

Había llegado el momento de intervenir el padre con sus consejos:⁵



Tomás Carrasquilla y su hermana

Señor Tomás M Carrasquilla
Santodomingo

Mi apreciado, querido Tomasito.

Al fin resibi una sulla que tanto deseaba, pues no sabia cual seria la rason para que estando aora en asuetos i con tanto tiempo no me hubiera escrito. Si U comprendiera el cariño que un padre tiene por sus hijos no perdía la comodida de complacerlo con unas carticas en cada ocacion que lo pudiera aser.

Cuanto siento la mala nueba que me das de la perdida del hermano de Amalita pues hes para mi la prime[ra] noticia que tengo, asi me quedo sin saber cual fue, como i en donde, yo lo siento tanto como hella pues para mi Amalita la considero como a una hija i la com-padeso mucho en sus sufrimientos.

Cuanto siento que no hubiera ido bien en sus sertam[en]es, pues yo lo que deseo es que U. adelante mucho i se lusca mucho, hesto le ha de serbir de esperiencia para que el año entrante se aplique mucho y pueda U. lucirse, esto será mui plasertero para U. y satisfatorio para toda su familia, asi mi hijo es necesario dejar la lectura de otros libros para despues que lla alla aprendido bien sus leisiones. Es bueno ler porque siempre se aprovecha el tiempo siempre que sean obras buenas i morales, las nobelas siempre perjudican a los niños i a los jovenes mucho mas, siempre ellas tienen casos en que se nec[es]ita lla uno tener la sangre tan fria como su biejo padre pero en un joben que todabia le herbe la sangre en las benas puede perderse mui fácil

Todabia no ha benido a mis manos el certificado que me anuncia U. i su madre.

Ya me figuro lo contenta que estará ojala se rialise mi biaje para que el 23 estemos juntos. Busquese en que i benga a encontrarme a Concepción i aserles la bisita su madre y sus tias.

Saludemelos á todos.

Rafael Carrasquilla.

Arma, 4 de Dbre. 1874

Tal vez la carta anterior, y otras razones que la historia debe intentar develar, obraron en Carrasquilla, y para 1875 matriculó y ganó, con notas más que suficientes, los cursos de filosofía elemental, regentado por Luciano Carvalho (o Carvalho) —el “de ojos elocuentes y sonrisa enigmática, [que] enseñaba con el corazón y el cerebro” (*Hace tiempos*)— y apoyado en el texto del sacerdote español Jaime Balmes, *Filosofía elemental*; geometría, cátedra dictada por Gómez Ángel, quien se apoyaba en el libro de Adrien Marie Legendre, *Elementos de Geometría*; física, dictado por Sinforiano Villa a partir de la obra del médico francés Edmond Langlebert, *Física: gravedad, calor,*

electricidad, acústica, óptica; economía política, dictado por Mariano Ospina Rodríguez con el texto guía *Elementos de economía política* de Joseph Garnier; y el infaltable de religión. Y, para constancia de la enmienda, vale la pena transcribir las notas alcanzadas en los cursos, tomadas de *El Monitor*: filosofía: 8¼; geometría: 10¼; física: 7; economía política: 7½; religión: 12.6

Y esto no fue todo: tan buen rendimiento académico tuvo sus frutos y lo hicieron merecedor de pronunciar el discurso en el certamen final de filosofía. Discurso reproducido en la revista *El Monitor*, y que se constituye en el primer texto —hasta ahora ignorado en todas las ediciones de sus obras— del futuro escritor:

Señores:

Algo infalible debe guiar a la inteligencia humana en la investigación de la verdad. Algo sólido debe apoyarla, porque la razón obrando libremente, sin tener en que sostenerse produce no solo males, sino también funestos resultados. Esto nos lo muestra la Historia.

Por eso muchos filósofos antiguos que todo pretendían explicarlo con la sola razón, fundaron tantas y tan erróneas doctrinas, que no tenían por fundamento sino las extravagancias de que cada fundador era partidario, las ideas y preocupaciones que entonces reinaban, y muchas veces los errores adquiridos por una imaginación corrompida.

He aquí por qué tenían entonces como bueno lo que hoy execramos y como malo lo que hoy ensalzamos. Mirad si no a los estoicos que decían que el compadecer a sus semejantes era una cobardía, los cínicos que tenían una idea tan errada de la virtud, los epicuristas que todo lo hacían consistir en los goces de los sentidos y tantos otros que pudieran citarse.

Contemplad el fin adonde conduce la razón por sí sola. Mirad las explicaciones que da del origen del mundo. Abrid la Historia, contemplad las horribles consecuencias del Panteísmo: encontraréis a la India sumida en la más completa inacción, con sus hijos recostados perezosamente pensando en “lo Infinito”. A la Grecia y al Imperio Romano degradados física e intelectualmente, encenagados en el cieno de los vicios.

Levantad la vista y veréis poblado de dioses el Olimpo. Bajadla y veréis a la tierra llena de corrupción.

En efecto: el paganismo no puede ser sino obra del extravío de la razón: las tradiciones primitivas se habían adulterado, la idea de la unidad de Dios se había extinguido, la humanidad que después ha reconocido un Ser superior, adoraba todo aquello que le producía mayores bienes, y a esto le concedía poderes sobrenaturales.

He aquí por qué los caldeos deificaban los astros; los egipcios, los animales y las plantas.

Pero no es esto todo: el hombre no se encontraba satisfecho; era necesario para esto que su adoración fuera lo que más amara: entonces deificó sus pasiones: levantó templo a la voluptuosidad y altares al placer; entonces le rindió un ardiente culto al sensualismo. Recordad las fiestas y libaciones con que los mortales honraban a sus dioses. Recordad el tributo que las vírgenes pagaban a la diosa Venus, y tantos otros fines adonde conduce el delirio de la razón.

La locura humana había llegado a su término. Era preciso una rehabilitación; era preciso que se cumpliera la promesa hecha 4.000 años antes; preciso era que se cumplieran también los vaticinios de los profetas.

Entonces se oyeron voces que repetían: “Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres de buena voluntad sobre la tierra”. Una estrella apareció en el cielo, y con su débil luz alumbró un establo. Un niño, una celestial criatura recibió el primer beso maternal. Un ángel anunció a unos pastores el nacimiento del Mesías.

Pasaron los años, se vio a un hombre seguido de multitud de gentes, se oyó predicar la mejor moral y la más sublime doctrina acerca de Dios y el hombre.

Después se le vio suspendido de una cruz donde representando a la humanidad, ofreció su sacrificio al Ser Supremo.

El equilibrio se había restablecido. Dios estaba satisfecho. La humanidad se había salvado: el vapor de la sangre inocente había subido hasta el cielo, tiñéndolo de púrpura: era la aurora precursora del sol de la verdad.

Hubo entonces una reacción moral: la doctrina del Crucificado comenzó a extenderse, la sangre de los que la seguían se derramaba por todas partes; el paganismo iba decayendo; sus falsos dioses eran reemplazados por la sagrada figura del Cristo; si orgullosa bandera descendía, y el humilde lábaro de los cristianos se elevaba triunfante; la verdad alumbraba

ya la sombra del error; la razón humana no obraba como antes por el solo capricho de su imaginación: encontraba un punto en qué apoyarse; tenía un vasto campo donde extender sus raciocinios; podía marchar segura por la senda del bien sin peligro de extraviarse, porque llevaba por guía nada menos que la voz del que crió el Universo.

La Filosofía ayudada de esta infalible luz, se desarrolló completamente; eliminó sus sofismas; sustituyó sus sistemas basados en conjeturas por doctrinas apoyadas en principios verdaderos.

Esta ciencia tuvo en la época a que nos referimos, gloriosos caudillos; entre ellos figuran muchos que se encuentran en el número de los santos, porque no solo fueron filósofos en sus sistemas y en sus principios, sino también en sus hechos; porque supieron llenar la misión del hombre en la tierra; porque practicaron la caridad cristiana y porque obraron conforme a la verdadera filosofía: el Evangelio; porque evidentemente esta ciencia no es sino la obra del raciocinio humano, apoyada en principios divinos.

Por eso la Religión y la Filosofía se ligan íntimamente, y unidas las dos tratan satisfactoriamente las cuestiones más importantes, más trascendentales para el género humano.

Nos enseñan cuál ha sido nuestro origen; cuál es nuestra naturaleza; cuál nuestro destino en la tierra, y si hay palmas y coronas o tormentos horribles más allá del sepulcro.

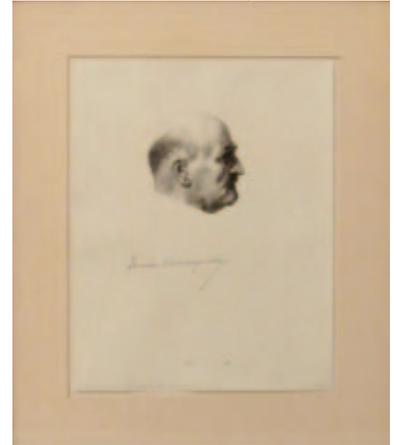
Nos dicen que hay un Ser eterno, único, infinito, inmutable, que con su sola voluntad creó el Universo; que hizo el hombre a su imagen y semejanza; que le concedió, voluntad, inteligencia, libertad para obrar el bien o el mal, en fin, que le dio un alma espiritual, capaz de comprender. Más, también nos enseñan que esta criatura tan perfecta sufrió una horrible degeneración: que su clara inteligencia se empañó; que su sabiduría suprema fue eclipsada por las sombras de la ignorancia; y que su ser quedó más inclinado al mal que al bien; más siempre con libre albedrío para obrar. He ahí al hombre en su estado actual; pero la Filosofía observa además los diferentes fenómenos que se verifican en su alma; baja a los abismos del corazón y analiza una a una sus más pequeñas pulsaciones; investiga su inteligencia y estudia, en fin, todo su ser y sus menores sensaciones.

Ambos nos dicen: la Religión con la fe y la Filosofía con la razón; hemos sido creados para gozar, y colocados en la tierra para merecer; teniendo la libre voluntad para obrar somos responsables de nuestras acciones, y con esta facultad podemos labrarnos lo que más anhelamos, lo que es el objeto de nuestras más vehementes aspiraciones: la Felicidad; pero no la que creemos encontrar en la tierra, sino la Felicidad inmensa, infinita: la presencia de Dios.

Mas, no solo nos señala nuestro destino futuro, sino que también nos enseña la senda que debemos seguir para alcanzarlo.

Nos dicen que el hábito de hacer el bien, el sacrificio y el cumplimiento de nuestros deberes, son medios infalibles para conseguirlo.

Con esta enseñanza, la virtud y la felicidad van invadiendo nuestro ser, porque conociendo a Dios y nuestras miserias, porque conociendo



Dibujo a lápiz, José Antonio Suárez, 2002
Museo Universitario Colección de Historia

A pesar de su indisciplina, la sombra de Patiburrú —colonia penitencial abierta por Berrío en las cavernas del Nus para recluir vagos— no lo amenazaba; quizás tampoco la expulsión, aunque de esta amenaza nunca se sabrá, porque la epidemia de tifo iniciada en el barrio de Guanteros a comienzos de septiembre obligó al cierre de la universidad sin concluir el año escolar.

la dicha gratuita e infalible que Él nos proporciona, tenemos que sentir algo parecido al amor, algo semejante al reconocimiento.

El hombre aprende entonces a despreciar las felicidades terrenales, y a cifrar su destino en la dicha inmortal. El corazón se ennoblece. El alma se perfecciona. La vida adquiere encantos indecibles, porque la Religión y la Filosofía tienen sublimes consuelos con qué aliviar los dolores del alma, y bálsamos con qué curar las heridas del corazón. La adquisición de los más altos conocimientos se facilita, porque el espíritu se concentra en una profunda abstracción y fija miradas, llenas de reflexión, en todo cuanto le rodea.

Por eso bajo los auspicios de la virtud, ha producido siempre opimos frutos el saber. Por eso bajo el árbol santo de la Religión halla siempre el alma fuentes inagotables de verdad dónde saciarse.

Y sin embargo, hay muchos que dicen que el estudio de la Filosofía debilita las creencias religiosas y conduce al escepticismo. Oh! Vosotros los que tenéis verdadero conocimiento de esta ciencia; levantad la voz unánimemente contra semejante error, decidles que se engañan; que equivocan tristemente las doctrinas sofisticas con las verdades reveladas por Dios y confirmadas por la razón. Verdad es que esta ciencia tiene relación con cuestiones del todo incomprensibles para la inteligencia humana; pero esto mismo demuestra que debe haber una facultad superior a la razón para llenar ese vacío, y esta facultad es la fe.

Pobre es mi inteligencia y escasa mi erudición para hablaros de tan importante ciencia; solo os diré: si queréis conocer lo que más importa a vuestra naturaleza, estudiad la Filosofía, una de las materias de que se tratará en el presente acto.

Señores.

Tomás M. Carrasquilla
El Monitor, 15 de diciembre de 1875



Dibujo a lápiz,
Elkin Restrepo,
2015

Otra tentación descubrirá Tomás en este 1874, y el placer que de ella sacará no lo abandonará nunca: la tentación de la lectura. [...] como lo confirma la nota manuscrita [...] en el informe de las calificaciones de Carrasquilla:

“La lectura constante de novelas perjudicó mucho a este alumno”.

Muy representativo es este discurso para quien se interese en la historia de los contenidos educativos que formaron los corazones juveniles hasta bien entrado el siglo xx. ¿Vendrá de tanto Astete, de tanto Fleury, de tanto Balmes y de profesores como Gómez Ángel o Mariano Ospina Rodríguez ese catolicismo y conservadurismo que ha caracterizado la cultura antioqueña? Lo sabrán los investigadores. Lo cierto es que en su vejez Tomás evoca, no sin orgullo y sirviéndose del recurso de sus personajes, aquel triunfo universitario: “Teodoro y yo competíamos en aplicación. Le ganaba en memoria, pero me aventajaba en lo demás, especialmente en la facilidad y recursos de expresión. A los dos nos nombraron peroradores para los actos públicos; a él en filosofía, a mí en física. Ensartamos nuestros disparates, nos los corrigieron los profesores, y aunque me esté mal el decirlo, los pronunciamos muy bien y ‘gustaron mucho’” (*Hace tiempos*).

Con tan buenos resultados termina Tomás su paso por la Escuela de Literatura y Filosofía, y se le abren las puertas de la de Jurisprudencia.

En diciembre Gómez Ángel renuncia a la rectoría de la Universidad, y en su lugar es nombrado el jurista Ramón Martínez Benítez. Se inicia entonces el año lectivo de 1876 con un nuevo rector y, para Tomás, con cursos que parecen augurar su futura dedicación al ejercicio del derecho: Ciencia constitucional y administrativa, a cargo de Román de Hoyos, quien se guiaba por el texto del político liberal Florentino González, *Los elementos de la ciencia administrativa*; el mismo Román de Hoyos estaba al frente de la cátedra Ciencia de legislación universal, civil y penal, que se apoyaba en la obra de Heinrich Arhens, *Curso de Derecho natural o Filosofía del derecho*; Víctor Molina dictaba Prolegómenos del derecho, derecho romano y su historia según la obra de J. Gott Heinecio, *Elementos del derecho romano según el orden de las instituciones*; y

Derecho internacional, cátedra regentada por Martínez Benítez apoyado en la colección de tratados públicos de Andrés Bello.

Bien podía Tomás seguir descollando por su aplicación,⁷ pero no estaba en su destino llegar a ser abogado: si en 1873 fue el tifo el que obligó al cierre de la universidad, en este año de 1876 fue la guerra contra esos rojos endemoniados que propugnaban por una educación laica y otras ideas que atentaban contra “Antioquia, la devota [...], la tierra agreste de Jesús, María y José, Joaquín y Ana, donde los patriarcas se condecoran de escapularios y rosarios; donde se escuchan los alabados al amanecer y los salterios al ocaso; donde se aplacan las tormentas con trisagios y humo de ramo bendito” (“Sobre Berrío”).

La universidad se transforma en cuartel, y Tomás, que ni en esta ocasión ni nunca fue amigo de guerras y peloterías, regresa a Santodomingo. La familia entera se pone en movimiento: mientras la guerra cobra sus víctimas, Tomás practicaría al lado del doctor José de Jesús Alviar los conocimientos adquiridos. Pero una cosa piensa el burro... Carrasquilla no solo había llevado sus bártulos a la casa materna, también llevaba una decisión: no regresaría a la universidad, el estudio de derecho no le interesaba y, para sorpresa de todos, no quería ser lumbrera sino artesano. Y esto no era todo: había cambiado por completo los buenos hábitos que por tantos años se le habían enseñado. Tal es el testimonio que deja Ecilda en carta a su esposo:

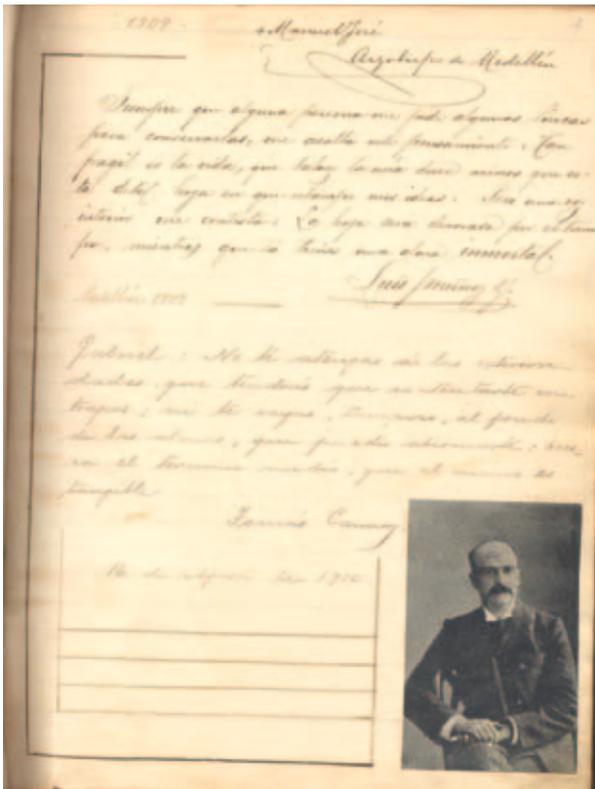
Tomas me tiene afligida con el modo de dormir todos los días se levanta a las 12 no le vale que lo yamen ni que le quiten las cobijas ni nada. Creo que no le an quitado el destino por consideración a mi papa. Haora vino de Medellín con el proyecto de que lo manden aprender sastrería pero con que cara le propongo a mi papa que vibe tan chocado con ese modo ahora y con razón que para dormir mejor es que duerma aquí que no cuesta plata yo no se de que medio valerme por que si



Retrato de Tomás Carrasquilla, por Eladio Vélez
Cortesía Editorial Universidad de Antioquia

sigue así se va enfermar y dígame que carrera podrá emprender i que puede aprender levantándose a las 12 lo que sucede es que se vuelve un bruto.

Terminaban así los años universitarios de Carrasquilla. No así la memoria de las rectorías de Pedro Justo Berrío —y la famosa anécdota del “cucarrón”— y Gómez Ángel, ni la de los profesores, ni la de aquel “convento colonial” —con su museo, su jardín botánico y su cuarto de armas— donde todavía vagaba el espanto de fray Rafael de la Serna, ni el ventorro de Justa Tapias, ni la pensión de las hermanas de la heroína María Martínez de Nisser, ni la de aquellas mujeres —Cata, Documento y La Mica— cuya complicidad es, en todo tiempo y lugar, tan necesaria como grata al gremio estudiantil. Porque *Hace tiempos*, con todo y su mucho de ficción, es —en su tercera parte, “Del monte a la ciudad”— también un fresco inolvidable de la Universidad de Antioquia en los años finales del siglo XIX. **U**



Libro de autógrafos. Fondo Marcelino Vélez
Museo Universitario Colección de Historia

Notas

¹ Carrasquilla, Tomás, *Hace tiempos*. En: *Obras completas*, Medellín: Bedout, 1958. Tomo II, p. 535. Restaurado en la década de 1980, y situado en la actual Plazuela de San Ignacio, el edificio es hoy la sede del Paraninfo de la Universidad de Antioquia.

² Berrío, Pedro Justo. “Informe final”. En: *El Monitor*, 26 de agosto de 1874, N.º 15.

³ *Ibid.*

⁴ Considerada hasta hoy como la primera carta conocida del escritor. Véase Carrasquilla, Tomás. *Obras completas*, Medellín: Bedout, 1958. Tomo II, p. 721.

⁵ Una vez más, se debe a Miguel Arango la conservación de esta carta y la que se cita más adelante, ambas inéditas hasta hoy.

⁶ Escala de valores: de 0 a 4: reprobado; de 5 a 7: simplemente aprobado; de 8 a 12: aprobado con plenitud.

⁷ Para el momento de los exámenes intermedios, Tomás había alcanzado las siguientes calificaciones: Ciencia constitucional y administrativa: 8; Ciencia de legislación universal, civil y penal: 8; Prolegómenos del derecho, derecho romano y su historia: 7; Derecho internacional: 7.